

Los juegos de la
traducción en Borges

Marcelo Leonardo Levinas

A modo de introducción

Ante todo, perdonen el atrevimiento de haberme tomado en serio la posibilidad de exponer algunas cuestiones fundamentales referidas a la *traducción* y a la *interpretación*, los temas convocantes de este Congreso. Mi formación es en física y en filosofía, aunque también he cometido el pecado de incursionar en la ficción con algunas novelas que publiqué en los últimos años, de forma tal que mis vínculos con la traducción son más bien periféricos aunque no superficiales. Yo diría que se trata de una relación más que técnica, epistemológica, pero también emocional. La traducción es una forma de interpretación. Para traducir, se requiere dar con una adecuada interpretación de los conceptos; ni hablemos de esta problemática cuando a un concepto hay que traducirlo de un idioma a otro. Ahora que está tan en boga la temática referida al *cambio conceptual*, nos vemos obligados a reconocer que los conceptos no están fosilizados, que las definiciones no son estables y que los significados se pueden transformar profundamente. Algo análogo sucede cuando buscamos las palabras más adecuadas para expresar una idea de manera literaria. Y aquí tenemos el problema de los sinónimos: un sinónimo implica alterar, aunque sea levemente, una interpretación. A veces el uso de un sinónimo, por ejemplo para no repetir una palabra, constituye, lo sabemos bien, una traición al término original. Otras veces, en cambio, un enriquecimiento.

Creo que la traducción posee dos elementos fundamentales que, en principio, parecen contradecirse: la rigurosidad y la creatividad. Por un lado, el acto de traducir está inexorablemente atado a la lógica de la fuente. Por otro lado, posee, como requisito, ofrecer un valor agregado y es ahí donde entra el elemento de la creatividad. Yo he tomado algunos textos de Borges porque en ellos el autor precisamente juega, al extremo, con la rigurosidad y con lo creativo. Con la imitación y el plagio a la que nos conducen las palabras, por un lado, y con la absoluta imaginación y la fantasía, por el otro.

Primer problema: cómo traducir un texto de otra época

Tomemos el cuento-ensayo “Pierre Menard autor del Quijote” de *Ficciones*, 1944. Borges nos presenta un personaje que desea redactar una parte del Quijote sin cometer la trivialidad de copiarlo: los capítulos 9 y 38 de la primera parte del Quijote y un fragmento del 22. Para lograrlo, Menard quería: *producir unas páginas que coincidieran –palabra por palabra y línea por línea– con las de Miguel de Cervantes*. Primero quiso conocer muy bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre 1602 y 1918, *ser* Miguel de Cervantes. Después desechó todo eso: quiso seguir siendo Pierre Menard

y llegar al Quijote a partir de su propia experiencia. Esto resultará decisivo. En su relato, Borges incluye dos veces el *mismo* texto de la Primera Parte del cap. 9 donde se habla de la *verdad* y de la historia. Leamos a Cervantes: "... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir...". Leamos, en cambio a Menard, quien escribió: "... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir...". El juego de Borges consiste en sostener que, si bien se trata exactamente del mismo texto, no existe plagio ya que su Menard escribe algo que, en principio, aparenta ser lo mismo, claro que ¡tres siglos después...! o sea, en otro contexto y desde otra perspectiva, de forma tal que idénticas palabras poseen, ahora, significados distintos.

Borges nos presenta el texto de Menard como infinitamente más rico que el de Cervantes, porque mientras Cervantes hace un mero elogio retórico de la historia, Pierre Menard, empleando **las mismas palabras en el mismo orden**, lo supera y nos propone una idea asombrosa: definir la historia *no como una indagación de la realidad, sino como su origen*. El texto de Menard proviene de una experiencia diferente de la de Cervantes, lo que provoca un vínculo personal distinto con el mismo texto, otra interpretación. Para escribir o para leer **no** bastan las palabras sino lo que nosotros ponemos en ellas de acuerdo con nuestra experiencia. Los Quijotes de Cervantes-Menard-Borges nos enseñan que existen *diferentes* verdades, que, no obstante, pueden ser expresadas con las *mismas* palabras. Esto nos llama la atención acerca de la importancia que asume este tipo de detalles a la hora de traducir un texto: lo difícil que es interpretar un texto trescientos años después de haber sido escrito. Pensemos qué sucedería si se nos ocurriese traducir el propio *Quijote* escrito en un español antiguo, a un inglés actual. O qué sucedería con algo aparentemente más sencillo: traducir el *Quijote* a un español moderno, que es, precisamente, lo que se ha hecho en las versiones simplificadas o en las versiones para niños: verdaderas traducciones. A los efectos de la traducción, una consecuencia del juego del Pierre Menard de Borges consiste en que si uno quisiera traducir ambas versiones del *Quijote* a otro idioma –la de Cervantes y la de Menard–, ellas deberían traducirse de manera distinta porque se refieren a cosas distintas. En esto se ve claro porque la traducción requiere de una interpretación activa por parte del traductor. Rigurosidad pero también creatividad, decíamos.

¿Cómo traducir el concepto de *historia*?

No es casual que Borges haya elegido ese pasaje del *Quijote*, porque, en el fondo, lo que opera es la ambigüedad del sustantivo "historia" que tanto

trabajo le ha dado a traductores y a los propios historiadores. En efecto, la “historia” –escrita con minúscula– puede ser entendida como la sucesión de hechos del pasado; pero “Historia” –escrita con *mayúsculas*– debe entenderse como la disciplina, para algunos una ciencia, que se dedica al estudio del pasado humano. Si es así, entonces su objeto de estudio decididamente no existe, ya que, como está claro, el pasado no existe, a lo sumo existió. Esta ambigüedad también aparece en inglés. Veamos:

En inglés tenemos las palabras “History” y “story”, pero observemos cómo debió traducirse al español el siguiente texto originalmente en inglés del historiador Louis Mink titulado *History and Theory: La historia (story) tal cual fue vivida, es una historia (story) no contada. [...] no es más que eso, una presunción. La creencia en que la historia no es inventada sino descubierta, además, ha impedido prestar atención a las habilidades y técnicas artísticas de la construcción narrativa. Ha soslayado el aspecto creativo en la invención y comunicación de narrativas [...] Propiamente comprendida, la historia (story) del pasado necesita no sólo ser comunicada sino construida*. Para el texto de Mink, la traductora, a quien conozco, eligió traducir “story” como “historia” con *minúscula*, dejando en el texto, entre paréntesis “story”. Fíjense que mientras en inglés tenemos “history” and “story”, en español, idioma riquísimo en sinonimia, nos veríamos obligados a repetir “story” (que es el concepto elegido por el autor original) y traducirlo como “historia”, aclarando que se trata de una historia en tanto story, o sea narración en un sentido lato.

Es interesante notar, además, que en el texto recién referido aparecen las palabras “inventada” y “descubierta”, en el marco de una crítica de Mink. Recuerden lo que se decía: *La [errónea] creencia en que la historia no es inventada sino descubierta...*, y veamos lo siguiente: volviendo al problema del cambio conceptual, del envejecimiento de las palabras y de paso de los textos, digamos que en época de Colón, lo que hoy llamamos “descubrimiento”, se denominaba “invención”. Unas cartas de Colón que se hicieron muy populares fueron editadas con el nombre *De insulis inventis* o sea *La invención de las islas*. Las islas referidas no eran otra cosa que un supuesto apéndice de Las Indias, lo que se constituyó, como idea, en una verdadera invención, ¿o no? En perspectiva histórica, digamos que, efectivamente, Colón inventó que América eran las Indias. Pero ¿cómo traducir a un español moderno, o al inglés, “La invención de las islas”? Debemos reconocer que es difícil discernir cuándo algo es inventado de cuándo es descubierta. Un libro, por ejemplo, ¿es inventado? ¿o el escritor lo que hace es descubrir (aunque sea de manera intencional) una combinación de palabras que una computadora de hoy estaría en condiciones de reunir? Volveremos sobre esto con la “Biblioteca de Babel”.

No hay duda de que la Historia, entendida como historiografía, es una traducción-interpretación de la historia entendida como el pasado humano.

Historia consiste en traducir hechos a palabras, en interpretar acciones con palabras, intereses con palabras; la intencionalidad humana y las pasiones humanas traducidas a palabras. Hoy también están de moda los problemas de la representación y por ejemplo preguntarse en qué medida la representación, valga la redundancia, representa la realidad. Si la realidad es la historia (con minúscula), su representación sería la Historia (con mayúscula). Ahora bien, de la historia lo único que tenemos es su representación, y por lo tanto la interpretación de esa historia. O si lo prefieren: una traducción de hechos a palabras. Del idioma de la acción, al idioma del lenguaje.

La Historia como tergiversación de la historia

En el texto que analizaremos al final, “Tlón, Uqbar, Orbis Tertius”, Borges hace referencia a Bertrand Russell y cita, de su *The Analysis of Mind* de 1921, lo siguiente: *este planeta quizás haya sido creado hace unos pocos minutos, provisto de una humanidad que ‘recuerda’ un pasado ilusorio*. Se trata de una arquitectura muy sutil, construida sobre un infinito vacío e imaginado. Nos detendremos aquí, en la discutible traducción que hace Borges de este párrafo, en cierto sentido, premeditada e intencional. Vayamos un poco más lejos, de la mano de Orwell. En su novela *1984*, Orwell pone en boca de un representante de un estado fascista lo siguiente: *...es preciso recordar que los acontecimientos ocurrieron de la manera deseada. Y si es necesario adaptar de nuevo nuestros recuerdos o falsificar los documentos, también es necesario olvidar que se ha hecho esto*. O sea, no sólo inventar la historia sino negar u olvidarse de que se la ha inventado. Aquí no hay traducción de la historia (con minúscula) a la Historia (con mayúscula), aquí habría una interpretación canceladora de toda interpretación. Habría censura y adoctrinamiento, mezclados en un mismo vaso.

La traducción del espacio

Ahora veamos algo más acerca de ciertas traducciones que intentan ser literales y que terminan, no representando, sino reemplazando lo traducido. Hablemos de ciertos intentos de representar el espacio de manera literal, nada mejor para ello que los mapas. Quien diseña un mapa interpreta la realidad, pero a la vez, quien lo emplea debe poder interpretar lo que el mapa representa. Existen convenciones respecto de cómo traducir una simbología a conceptos: un punto de tal tamaño representa una ciudad de tantos habitantes; un tono de celeste representa tal profundidad en un océano; o cierto tono de marrón tal altura sobre el nivel del mar; una línea, el curso de un río; una leyenda en un preciso lugar, el nombre de una región, etc... También se deben interpretar las magnitudes. Precisamente,

la escala traduce la dimensión real de lo representado a las dimensiones de la representación.

“Del rigor de la ciencia” de *El hacedor*, de 1960, es un ensayo ficcional muy corto en el que Borges expresa lo siguiente: *En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos.* Borges se lo atribuye a un tal Suárez Miranda del siglo XVII.

Al producirse un mapa del imperio con el tamaño del imperio, se ofreció una representación del objeto que coincidió con el objeto mismo. Sin embargo, un mapa perfecto, como el señalado por Borges, terminaría tergiversando la realidad a tal punto que, en lugar de representarla, la taparía reemplazándola por un papel. Dicho mapa no representa sino que reemplaza, al modo de alguien que lo único que hace es escribir su biografía; una biografía que consiste en la escritura de su vida, consistente en escribir su biografía, y así sucesivamente.

Lewis Carroll fue más realista que el Miranda de Borges, ya que nos indica que en su afán perfeccionista se llegó a hacer un mapa con una escala de una milla por milla que nunca se desplegó ya que los campesinos protestaron debido a que cubriría todo el país y taparía la luz del Sol. Por eso *usaban al país mismo como su propio mapa*, algo que, según parece, funcionó bastante bien. Digamos nosotros que esto hizo que la representación no sólo coincidiera con lo representado, sino que trivialmente fuera ella misma lo representado. ¿Qué quedó?: ¿lo representado? ¿o la representación de una ausencia?

Diferentes traducciones de lo mismo

Ahora veamos lo que, en cierto sentido, es lo opuesto a la situación del Pierre Menard de Borges. Con Menard, recordemos, la misma escritura poseía significados distintos. Ahora diferentes escrituras pretenden representar lo mismo. Para eso tomaré un ejemplo bien concreto: la de dos traducciones del cuento “En el Bosque” de Akutagawa. Se trata de la historia de un bandolero que viola a una mujer en el bosque después de atar con engaños al esposo, un samurai. Lo notable es que el cuento presenta diferentes versiones de los testigos y participantes, sin pronunciarse por ninguna versión. El centro de la acción no es la violación sino la labor de desciframiento que el lector debe emprender a partir de

los testimonios de los testigos y los involucrados. ¿Quién mató a Takejiro Kanazawa? Un leñador, un bandolero, la mujer del muerto y el propio muerto dan versiones divergentes de los hechos, todas *coherentes*. Cada uno de los partícipes se echa la culpa de la muerte del samurai, incluso el propio samurai.

Uno como lector del cuento en español debe interpretar el contenido de las versiones no coincidentes de los testigos y participantes. Pero para colmo de males también debe decidir respecto de las propias interpretaciones sobre el texto en japonés que han operado en cada traductor al español. He aquí, como ejemplo de traducciones divergentes, una parte del testimonio del muerto:

Traducción 1: En aquel momento, unos pasos furtivos se me acercaron. Traté de volver la cabeza, pero ya me envolvía una difusa oscuridad. Una mano invisible retiraba dulcemente el puñal de mi pecho. La sangre volvió a llenarme la boca. Ese fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar... Traducción 2: En ese momento alguien se acercó a mí con pasos cautelosos. Traté de ver quién era; pero la oscuridad me lo impidió. Alguien... alguien que no pude ver, una mano invisible, quitó suavemente el arma hundida en mi pecho, al tiempo que otro coágulo me volvía a llenar la boca. Y de nuevo me hundí en el oscuro espacio; por última vez, para siempre.

Ahora repitamos ambas traducciones, parte por parte, para ver las diferencias:

Trad.1 *En aquel momento, unos pasos furtivos se me acercaron* (Trad.2 *En ese momento alguien se acercó a mí con pasos cautelosos*). Trad.1 *Traté de volver la cabeza, pero ya me envolvía una difusa oscuridad.* (Trad.2 *Traté de ver quién era; pero la oscuridad me lo impidió*). Trad. 1 *Una mano invisible retiraba dulcemente el puñal de mi pecho. La sangre volvió a llenarme la boca.* (Trad.2 *Alguien... alguien que no pude ver, una mano invisible, quitó suavemente el arma hundida en mi pecho, al tiempo que otro coágulo me volvía a llenar la boca*). Trad. 1 *Ese fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar...* (Trad.2 *Y de nuevo me hundí en el oscuro espacio; por última vez, para siempre*).

En particular atendamos a esta última. Cuando la Trad. 1 dice: *Ese fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar...*, “noche eterna” denota **Tiempo**; mientras que en la Trad. 2: *Y de nuevo me hundí en el oscuro espacio; por última vez, para siempre*, “oscuro espacio” denota **Espacio**. Esto muestra de qué manera la traducción es interpretación y cómo cada interpretación posee una fase activa y creativa que, incluso, en la medida en que se la suponga más o menos literal, puede reproducir, o literalmente reemplazar, la historia original a partir de la libertad de traducción. O sea, crear una nueva historia.

La traducción y los idiomas analíticos

John Wilkins fue autor de *Essay towards a Real Character and a Philosophical Language*, en 1668. Su trabajo fue el resultado de un equipo de científicos de la Sociedad Científica de Londres y la idea era diseñar una lengua rigurosa y fácil de aprender. En realidad dos lenguas: la primera, *escrita*, constaba de ideogramas a modo de signos taquigráficos que resultaban impronunciables. La segunda, *fonética*, estaba destinada a ser pronunciada por el lector. La consigna era: *Una palabra para cada cosa y una cosa para cada palabra*. Por ejemplo, “gato” podía ser “aboje” (*a* era animal, *ab* era mamífero; *abo* era carnívoro; *aboj* era felino y, finalmente, *aboje* resultaría ser gato). En otras palabras, un idioma racional y analítico, compuesto de conceptos más o menos rígidos, producto de diferentes clasificaciones y jerarquizaciones establecidas en la realidad. Sabemos que toda clasificación de objeto requiere de un criterio, y que todo criterio es en última instancia arbitrario.

Por eso, en su texto “El idioma analítico de John Wilkins” de *Otras inquisiciones* de 1952, Borges ironiza y ofrece la conocida clasificación de animales supuestamente tomada de una Enciclopedia China que tanto fascinó a Michael Foucault: *a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón y n) que de lejos parecen moscas*. El criterio que subyace en esta clasificación parece disparatado y absurdo. Aun más, estrictamente hablando, no parece haber un criterio, o, al menos, uno único, uniforme y estable.

La moraleja que extraeríamos de todo esto podría ser la siguiente: hay diferentes formas posibles de traducir en las clasificaciones, el orden de la naturaleza, en este caso el orden animal. En un extremo, el analítico y frío de Wilkins; en el otro extremo, el puramente afectivo y arbitrario de la *Enciclopedia China*. ¿Aunque la verdadera moraleja no sería la siguiente?: la excesiva rigurosidad de un idioma analítico que implica un término para cada cosa (y una cosa para cada palabra) anula toda la posible riqueza del habla y de hecho, anula la diversidad de los idiomas. Por lo tanto, cancelaría toda posible interpretación y anularía la traducción. Se trataría de un adoctrinamiento rígido y de un lenguaje fosilizado en la inmovilidad.

A modo de final

Finalicemos analizando dos cuentos-ensayo de Borges cuyo contenido deja llamativas secuelas en los aspectos nucleares de la traducción. Son “La Biblioteca de Babel” y “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, ambos de *Ficciones*

de 1941. Ellos nos permiten formular dos preguntas sugerentes referidas al problema de la traducción. Primero, para “La Biblioteca...”: una biblioteca total, compuesta de todos los libros posibles, ¿contiene verdaderas traducciones? Segundo, para “Tlön...”: ¿cómo traducir a otro lenguaje la cultura de un pueblo cuyo idioma no posee sustantivos?

Las características de los libros que conforman la Biblioteca de Babel son las siguientes: cada ejemplar posee 410 páginas, cada página 40 renglones, cada renglón 80 caracteres que consisten en 25 símbolos ortográficos (22 letras, la coma, el punto y el espacio). En consecuencia, cada libro posee 1.312.000 caracteres. Existen, por lo tanto, 25 multiplicado por sí mismo 1.312.000 veces ejemplares diferentes. En esta biblioteca estarían todos los libros escritos en todos los idiomas posibles. Por supuesto que la inmensa mayoría no tendría ningún sentido en sus partes o incluso en su totalidad, como el libro que comienza así: “axcx nuj” y en algún lugar continúa de esta manera: “xaxx,xaxx”.

Una pregunta que podríamos formular, frente a semejante conjunto de caracteres, es si en la Biblioteca de Babel no estarían resueltos los problemas fundamentales de la traducción. Y es que, desde cierto punto de vista, sus libros mantendrían una identidad propia y no deberían ser considerados, en ningún caso, traducciones de nada, simplemente una combinación posible de símbolos. Volveremos enseguida sobre esto. Primero, tomemos un libro, digamos *El Quijote* (que debido a las dimensiones acotadas de los ejemplares de la biblioteca, necesitaría de más de un tomo). La biblioteca debería disponer de *todas* las traducciones posibles en todos los idiomas conocidos, ¡además de todas las posibles traducciones de cada una de esas traducciones “nuevamente” al español, y así sucesivamente! Esto es interesante porque la traducción de una traducción de una traducción, etc., implica inevitables cambios respecto del espíritu del texto original. A su vez, traducir un texto, primero del idioma A al B, después del B al A, nuevamente del A al B y así sucesivamente, implicaría versiones cada vez más dispares entre sí. Pues bien, todos esos posibles Quijotes estarían en la Biblioteca de Babel. Y también sus títulos estarían traducidos; serían más o menos fieles o más o menos tergiversados. Están los que se titulan “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, y los que se titulan “El Agudo Don Quijote de la Tinta”.

Supongamos, ahora, otro libro, cuya primera frase dice así: “Today, John is happy”, y que se continúa hasta alcanzar el total de 410 páginas de cada ejemplar de la Biblioteca de Babel. Otros libros, que constituyen diferentes traducciones al español de este mismo libro y que necesariamente se encuentran en la biblioteca, tendrían traducidas esta frase por ejemplo así: “Hoy, Juan es feliz” u “Hoy, Juan está feliz” o “Juan, hoy, es feliz” o “Juan, hoy, está feliz” o “Juan es feliz hoy” o “Juan está feliz hoy”. Todos estos libros, de por sí, poseen su sentido en español y en tanto com-

binación posible de caracteres son tan libros como el original en inglés. ¿Cuál es el más legítimo de todos? Esta pregunta tiene sentido si pensamos que los libros en cuestión son diferentes entre sí en la medida en que constituyen distintas traducciones de un mismo texto “originariamente” en inglés. Sin embargo, en la Biblioteca de Babel cada libro posee el **mis-mo estatus** ya que compone una combinación posible de caracteres; no debería tomarse como una traducción sino como un texto independiente del texto en inglés que no tendría por qué ser tomado como “el original”. Aún más, el libro que comienza con la frase: “Today, John is happy”, podría ser tomado como la traducción común de todos estos libros a los que podría suponerse originariamente escritos en español, con lo que alcanzaría el estatus de traducción “perfecta” en la medida en que sería absolutamente representativa de todos esos libros que comienzan con “Hoy, Juan es feliz”, “Hoy, Juan está feliz”, etc.

Este texto de Borges comienza así: *El universo (que otros llaman Biblioteca)*... **No** dice “la Biblioteca que otros llaman el universo”. Dice *El universo (que otros llaman Biblioteca)*... O sea que el universo, que es la única realidad, **es una biblioteca**. La realidad no es algo, es algo escrito, está escrita. ¿En cuántos idiomas? ¿Cuántas veces? Quisiera llamar la atención sobre lo siguiente y es que en principio una supercomputadora sería capaz de ofrecernos todas las combinaciones posibles de los 25 símbolos ortográficos, esto es, todos libros posibles. ¿Y si uno de ellos nos contara la verdad sobre este mundo? Claro, siempre y cuando la verdad sea algo discursivo... Un libro que, por ejemplo nos ofrezca la definitiva prueba de la existencia de Dios. O la definitiva prueba de su inexistencia... ¿Quién sabe? De todos modos, ¿cómo reconoceríamos ese libro de entre los 25 multiplicado por sí mismo 1.312.000 veces libros diferentes?

En su texto “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, Borges presenta un pueblo que habita un planeta para el cual no se conciben objetos, no se perciben entidades discretas. No existe, por lo tanto, ni la sustantivación ni la identidad. De hecho, el lenguaje de Tlön carece de sustantivos. En el hemisferio austral del planeta, el idioma se construye sobre la base de verbos impersonales y Borges nos dice: *no hay palabra que corresponda a la palabra luna, pero hay un verbo que sería en español lunecer o lunar*... Sucede que en Tlön, el equivalente a nuestra palabra “luna” constituye, allí, una acción, sin que la cosa, el objeto, lo que para nosotros es la luna, logre identificarse. En el hemisferio boreal, en cambio, la base lingüística es el adjetivo monosilábico; el sustantivo es una agregación de adjetivos acoplados. Cuando allí se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo*, nosotros hubiéramos dicho, sencillamente “luna”. Dijimos “sencillamente”, claro: siempre y cuando nos olvidemos de toda la riqueza de contenido que posee cualquier concepto como “luna”. Si no, el asunto no es tan sencillo.

Vemos que en Tlön nombrar un objeto implica, de por sí, una suerte de falacia. O sea una contradicción insalvable, la idea de que algo puede ser llamado por un nombre que no cambia, cuando en realidad, según sabemos, todo cambia, todo es acción y movimiento. En estos juegos borgeanos del lenguaje, lo dicho, lo escrito, conforma, en todos los casos, el propio límite de lo posible. En este juego constructivo de la realidad, existen límites a lo que pueda decirse, a lo que pueda describirse, pensarse, imaginarse o incluso inventarse; a lo que pueda traducirse y cómo traducirse.

¿Qué sería un libro para los de Tlön? No debería ser un objeto. ¿Sería más bien el propio acto de leer? ¿De leer qué? No podríamos decirlo con nuestras palabras. ¿Cómo sería su Biblioteca de Babel? Carente de alguna acción de referencia, la totalidad de la Biblioteca de Babel sería inexistente como objeto, carecería de objetos, no sería nada, no tendría estantes ni libros. Entonces, ¿son ágrafos los de Tlön? Si no lo son, entonces ¿dónde escriben las palabras, qué hacen con ellas aparte de decirlas? ¿No será que si no hay libros, no hay palabras? Pero entonces, ¿es legítimo hacer lo que de hecho hace Borges, esto es, **traducir** *lunecer* o “*aéreo-claro sobre oscuro-redondo*” como “luna”? Al hacerlo, el propio escritor se convierte en prisionero de los sustantivos al referirse a los habitantes de Tlön, quienes no sólo no los emplean, ni siquiera los conciben, así como no conciben las cosas. ¿Cómo traducir, entonces, las palabras que dicen los de Tlön? Quizás reconociendo otro mundo, y reconociendo que el nuestro no tiene nada que ver con el de ellos.

Por eso, para concluir, recordemos la consigna de este Congreso: “Traducir culturas: un desafío”. ¿Será esta temática de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* la sublimación de esa inconmensurabilidad entre culturas de la que tantas veces nos ha hablado la Antropología?